

ANTROPOLOGÍA Y HUMANISMO DE JUAN XXIII LAS ENCÍCLICAS *PACEM IN TERRIS* Y *MATER ET MAGISTRA*

El papa Juan XXIII es recordado en la Iglesia por muchas cosas. Su figura bondadosa llamó poderosamente la atención del mundo entero. Su talante espontáneo delataba una profunda paz interior y un sincero sentimiento religioso. Incluso los no creyentes descubrían en él algo de amable. Queriendo o sin quererlo, muchas personas, creyentes y no creyentes, lo idolatraron en vida. Y otras tantas han seguido magnificando su figura con el paso del tiempo.

Su beatificación no ha sido contestada por nadie. Su santidad era reconocida ya durante su vida. Y los años no han hecho más que añadir nuevas pruebas de su espiritualidad, tan sencilla como exigente, de su sincero amor a Dios y a la Iglesia, de su profundo aprecio a la causa del hombre.

Sin embargo, la figura de Juan XXIII ha sido con frecuencia deformada por una visión demasiado simplista. Son muchos los que recuerdan aquellas palabras improvisadas que dirigió a la multitud que lo saludaba desde la plaza de San Pedro la tarde del 11 de octubre de 1962. Pero son pocos los que recuerdan el discurso que había pronunciado aquella misma mañana, con motivo de la apertura del Concilio Vaticano II. En el momento en que descalificaba a los que él llamó «profetas de calamidades», dijo el papa que los hom-